

FERNÁNDEZ PERIS, J., GUILLEM CALATAYUD, P. M. y MARTÍNEZ VALLE, R.: *Cova del Bolomor. Los primeros habitantes de las tierras valencianas*. Museo de Prehistoria. Servicio de Investigación Prehistórica (Diputación de Valencia). Valencia, 1997, 60 pags. (21 figs., 24 fot. B/N y 24 fot. color incluidas en el texto). Edición bilíngüe en español y valenciano.

La Cueva de Bolomor, en Tavernes de la Vallidigna, al sur de Valencia, se abre en el extremo septentrional del Mondúver en el flanco meridional de la Vallidigna, a un centenar de metros de altitud sobre el corredor litoral mediterráneo. El yacimiento, del que existían algunas referencias antiguas poco explícitas, fue valorado por Josep Fernández Peris y Pere Guillem Calatayud, quienes desde 1989 han realizado siete campañas de excavaciones cuyos resultados han ido apareciendo en las páginas de revistas como *Saguntum* y *Recerques del Museu d'Alcoi*. Su importancia es obvia, pues se trata de una amplia secuencia, desarrollada a lo largo de los últimos 250.000 años del Pleistoceno Medio. Constituye una de las escasas localidades de la vertiente mediterránea ibérica en la que se registran importantes series industriales y otras evidencias de actividad antrópica que de manera firme pueden atribuirse a momentos anteriores a la última glaciación.

El interés del libro deriva también de la circunstancia que motiva su publicación, la exposición monográfica sobre el yacimiento de Bolomor que ha tenido lugar entre los meses de junio y octubre de 1997 en el *Centro Cultural de la Beneficencia* de la Diputación de Valencia. Este volumen se dirige por tanto a un público amplio, y para cumplir su propósito la información se presenta siempre desde una perspectiva general, acompañada por abundante documentación gráfica, que ilustra de manera clara los materiales y procesos comentados.

Las primeras páginas del libro se dedican a exponer el desarrollo del proyecto, fijándose en las diferentes metodologías aplicadas, en las dataciones absolutas, así como en los estudios geológico y ambiental, vegetación actual y fósil, fauna e industria lítica.

En los diez metros de sedimentos de la cavidad se distinguen cuatro unidades sucesivas, Bolomor I, II, III y IV. Las Fases II y IV cuentan con dataciones por termoluminiscencia que sitúan la

base de la F. II en 233 ± 35 y 225 ± 34 Ka y el techo de F.IV algo después -la fecha corresponde al nivel II- de 121 ± 18 Ka. Para la Fase I se cuenta con otra estimación por racemización, sobre esmalte dentario, con un margen de error demasiado amplio, 525 ± 125 Ka, por otra parte excesivamente alta en relación con la fauna, la cual permite considerar una edad en torno a 350 Ka para el comienzo de la ocupación.

El conjunto macrofaunístico identificado en Bolomor se caracteriza por la persistencia a lo largo de toda la secuencia de tahr -*Hemitragus* sp.-, caballo de talla grande -*Equus caballus*-, ciervo -*Cervus elaphus*- y gamo -*Dama* sp.-. También por la aparición puntual de otras especies, *Ursus arctos*, *Canis lupus*, *Macacus sylvana*, *Megaloceros giganteus*, *Sus scropha*, *Bos primigenius*, *Equus hydruntinus*, *Dicerorhinus hemitoechus*, *Palaeoloxodon antiquus* e *Hippopotamus amphibius*, este último reconocido exclusivamente en Bolomor IV, una fase sin duda de clima templado.

El estudio tafonómico ha permitido identificar marcas de carnicería de origen antrópico, producidas con utensilios líticos, en un elevado número de restos de ciervo, caballo y cápridos, huesos que con frecuencia también fueron fracturados para extraer la médula. Algunos de ellos, en todos los niveles, presentan marcas de mordeduras de carnívoros, prueba de que la cavidad fue usada por otros depredadores en los momentos en que no hubo ocupación humana. En todo caso los restos de carnívoros son bastante escasos; se registra oso pardo en Bolomor IV, lobo en B. II y macaco en B. I y en B. IV.

Las primeras campañas de excavación aportaron industria representativa de toda la estratigrafía, un millar de elementos que ha permitido caracterizar de manera general estos productos. Se emplearon rocas obtenidas en el área, principalmente sílex, y también calizas y cuarcitas, éstas sobre todo en los niveles inferiores. (B. I a III). La industria de la Fase IV, la que se conoce mejor, es de pequeño tamaño -las piezas de sílex presentan longitudes de unos 2 cms por término medio- y de carácter técnico no levallois. El utillaje sobre lasca, con predominio de las raederas y tipos en general muy retocados, estaría en la órbita del Paleolítico Medio Antiguo, definiéndose como Proto-Charentiense. Los niveles inferiores ofrecen una mayor cantidad de

utilillaje elemental en cuarcita y caliza de mayor tamaño, sin que se observen bifaces.

No acabamos de encontrar del todo justificada la idea de los autores –que basan en la ausencia de utilillaje bifacial característico– en cuanto a que la industria de los niveles inferiores de Bolomor corresponda a un complejo industrial estrictamente distinto del Achelense. Pensamos que el tamaño de la materia prima podría ser determinante para explicar la inexistencia de macrouillaje, sin que sea preciso recurrir a otras explicaciones. Es cierto que tampoco conocemos en Iberia muchos yacimientos del último tercio del Pleistoceno Medio en los que se de un condicionante neto por la materia prima, pero al menos hay un caso en que esto es así. En Cuesta de la Bajada, en una terraza del Alfabra aguas arriba de Teruel, con una datación por IRSL *mínima* de 137.9 ± 10.07 Ka, la ausencia de utilillaje achelense característico está condicionada por las dimensiones reducidas de los cantos que pueden obtenerse en el entorno más inmediato. A menos de tres kilómetros, en las terrazas medias del Guadalaviar, con abundantes cantos de cuarcita, se han registrado bifaces. Posiblemente el yacimiento de El Aculadero (Puerto de Santa María, Cádiz) sea otro ejemplo a tener en cuenta, aunque en este caso la falta de precisión cronológica impida, por ahora, retenerlo.

Sin duda sería deseable contar con más elementos de juicio en este complejo asunto. Habría que considerar también el sesgo que puede imponer la situación en cueva o al aire libre de los yacimientos. En el área mediterránea peninsular, incluida la cuenca del Ebro, al menos a partir de Aragón, no se han reconocido –al margen de piezas aisladas, a veces dudosas– conjuntos en formaciones superficiales que puedan referirse con cierta seguridad al Pleistoceno Medio. Esta circunstancia no tiene que obedecer forzosamente a una densidad de ocupación del área menor que la de la Meseta, lo cual no sería fácil explicar, y hay factores naturales que pueden ayudar a comprenderla. A diferencia de lo ocurrido en los ríos atlánticos de la Meseta, el régimen de la red mediterránea, sometida a crecidas violentas periódicas, habría determinado la dispersión de las concentraciones de industria en el fondo de los valles, impidiendo su conservación. La comparación entre series procedentes de cuevas co-

mo Bolomor y de sitios al aire libre es muy problemática, y no va a ser fácil llegar a disponer algún día en el dominio litoral valenciano y en la Meseta, donde aparte de Atapuerca no se conocen cavidades con yacimientos que aporten materiales anteriores al Pleistoceno superior, de colecciones líticas equiparables.

Más adelante se analiza, dentro de la perspectiva divulgadora que adopta el libro, el marco general de la expansión por Europa del hombre en el Pleistoceno Medio, los recursos ambientales que podrían existir en el área de captación del yacimiento y, en fin, el posible significado y las características de la ocupación humana establecida en Bolomor. Resulta del mayor interés otro aspecto singular que se menciona en estas últimas páginas, la presencia de material carbonizado impregnando todo el sedimento a partir del comienzo de la Fase II. La ausencia de cualquier traza semejante en los depósitos precedentes prueba que el uso sistemático del fuego tiene un punto de arranque concreto, a partir, de las fechas obtenidas para el techo del nivel XIII, final de la Fase III, 152 ± 23 Ka, confirmando que esta práctica, al menos de manera no ocasional, tiene una cronología tardía. En el breve balance que efectúan, los autores recuerdan que junto a algún posible hogar de Solana del Zamborino –aunque sólo llegó a publicarse alguna somera descripción, acompañada de fotografías y un plano de la planta– con una edad, a juzgar por la fauna, dentro del último tercio del Pleistoceno Medio, serían las evidencias de combustión más antiguas de la Península. Las acumulaciones carbonosas de San Quirce de Río Pisuerga (Palencia), dadas a conocer por Arnaiz, pudieran ser también más o menos contemporáneas; sin embargo el uso controlado del fuego en Ambrona o en Torralba no ha sido confirmado en las excavaciones que desde 1992 llevamos a cabo en estas localidades.

La publicación que comentamos pone de relieve, una vez más, la necesidad de exponer el resultado de las investigaciones arqueológicas, sean de la época que sean, no sólo en ambientes profesionales restringidos, sino ante una audiencia mayor, buscando la manera de conectar, sin perder rigor ni profundidad en los análisis, con todas las personas que se acercan a estas cuestiones y esperan encontrar explicaciones a su alcance, no sólo discursos dirigidos a especialistas.

Aún viendo el asunto sólo bajo el prisma económico, no es posible soslayar que la financiación de la investigación arqueológica sería razonable plantearla en el contexto de una amplia difusión de sus resultados. Para avanzar en esta dirección hacen falta acciones como la realizada por el grupo que trabaja en Bolomor. El interés de estos proyectos quizás tendría que calar más a fondo en todos los medios profesionales de la Arqueología, y muy en concreto en el académico. No es infrecuente ver como las publicaciones en la línea de la divulgación se consideran de entidad menor frente a los estrictos estudios monográficos, cuando en realidad,

si el contenido es adecuado, no debería ser así —en todo caso al contrario—, puesto que aquellas obras requieren un esfuerzo doble, discurso científico coherente y atención especial a la forma de exponerlo. El libro de Fernández Peris, Guillém Calatayud y Martínez Valle responde correctamente a este planteamiento, y hay que felicitar por ello a sus autores y a la Diputación de Valencia. Es un ejemplo a tener en cuenta y estamos convencidos que supondrá un estímulo muy positivo para el desarrollo de los trabajos en Bolomor.

M. Santonja